

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 85

*Providence College Centennial (1917-2017):
Literatura Latinoamericana y Lectura Global*

Article 25

2017

Paisajes que fluyen: teoría, escritura, vida

Patricia Martínez García

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

García, Patricia Martínez (April 2017) "Paisajes que fluyen: teoría, escritura, vida," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 85, Article 25.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss85/25>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

PAISAJES QUE FLUYEN: TEORÍA, ESCRITURA, VIDA

Patricia Martínez García

Universidad Autónoma de Madrid

En los dos últimos años, con motivo de la celebración de su centenario, Roland Barthes ha sido objeto de abundantes manifestaciones admirativas y conmemorativas de diversa índole, entre las que se cuentan, además de la publicación de nuevas agrupaciones de artículos o de transcripciones de sus notas y de sus clases o de la reedición de sus obras completas realizada por Eric Marty, la aparición de numerosos estudios sobre su filosofía, su estética y su moral. De entre ellos, destacaremos la cuidadosa edición que, bajo la égida de Julio Ortega, nos ofrece la Serie Monografías Trasatlánticas del libro que Ottmar Ette publicó en 2013, *Roland Barthes. Landschaften der Theorie*. (Paderborn: Konstanz University), ahora traducido al español con el título *Roland Barthes. Paisajes de la Teoría*.

Valga recordar que Ottmar Ette, catedrático de Filología Románica y Literatura Comparada en la Universidad de Potsdam, es autor de una obra crítica y teórica que le ha valido numerosos premios y reconocimientos de diversas instituciones, entre otros el Premio Heinz Maijer-Leibnitz (1987), el Premio a la Tesis doctoral sobre José Martí (1991), el Premio Hugo Friedrich y Erick Köhler por su biografía intelectual de Roland Barthes (2001), o el de la Escuela de Altos estudios de la Universidad Autónoma de México (2014). El profesor Ette es asimismo miembro de la Academia Europea (2010), Caballero de las Palmas académicas de Francia (2012) y Miembro de la Academia de Ciencias y Humanidades de Berlín- Brandenburgo (2013).

Sus investigaciones, que han dado lugar a un prolífico acervo de publicaciones en forma de antologías, ediciones críticas, artículos, ensayos y libros, dibujan diversos paisajes -utilizando el término del propio

Ottmar Ette- entrelazados o conectados entre sí que, desplazando los puntos de vista habituales, renuevan de manera decisiva el panorama de los estudios literarios y culturales.

Un primer paisaje es el que despliega el estudio de las poéticas del movimiento en las literaturas de viaje, que, desde la temprana frecuentación de la obra y del pensamiento de Humboldt, abren nuevas perspectivas de comprensión de cuestiones tan cruciales como las relaciones entre la regionalidad y los procesos de la globalización acelerada. Un segundo paisaje lo configuran los estudios transareales – TransArea Studies- que discurren por las literaturas de las áreas hispanohablantes y francófonas de dentro y fuera de Europa, confiriendo un impulso nuevo a las nociones de interculturalidad o de transdisciplinariedad y multiplicando sus potenciales campos y ejes de intervención. Un tercer paisaje viene a definirse por la sustancial reflexión promovida por Ottmar Ette acerca de las ciencias literarias consideradas como ciencias de la vida, desde la publicación en 2007 de un manifiesto programático de extraordinario impacto, *La filología como ciencia de la vida*, traducido al español y publicado en 2015 por la Universidad Iberoamericana, que reivindica el lugar central que han de ocupar la literatura y la filología en el sistema total de las ciencias, en tanto que medio de acumulación interactivo y transformador del saber sobre el vivir, que preserva y pone a disposición de otras disciplinas y del conjunto de la sociedad un proceso milenario de producción de sentido acerca de la vida contenido en las literaturas del mundo.

En el libro *Roland Barthes. Paisajes de la teoría* (Serie Monografías Transatlánticas, Madrid, 2016) la impronta de Ottmar Ette se reconoce, de entrada, en la decisión de aproximar el pensamiento teórico del semiólogo francés desde la noción de paisaje, tal y como viene determinada por el autor en éste y otros trabajos. De la lectura de los paisajes que dibujan literariamente los textos de Barthes se infiere la teoría, que a su vez la escritura crítica de Ottmar Ette despliega y configura como un paisaje, o más bien diversos paisajes.

Es conveniente precisar que la noción de paisaje, tal y como es entendida por Ottmar Ette, en tanto que modelo de aproximación a los textos, va más allá de la simple espacialización estructuradora y estática de su diseño y de sus componentes, y, reformulando las teorizaciones clásicas a la vez que completando las más recientes, viene a configurarse substancialmente en tanto que “paisaje de movimientos y en movimiento”, según distintas “vectorizaciones”, siempre dinamizado por una conectividad múltiple y variable, en la que permea el teorema de Humboldt, uno de los fundadores de la geografía moderna, como lo recuerda el propio Ette.

Así, en cierta medida, podría decirse que este modelo de paisaje se concibe como un espacio “*non strié*” – por utilizar el término de Gilles Deleuze -, es decir, como un espacio que no está rigurosamente delimitado por referencias y trayectos predeterminados que siguen las prescripciones de una lógica exclusiva - como puede ser el caso del discurso asertivo de la ciencia o de la filosofía (clásica)-, sino que se define dinámicamente en función del trayecto que realizan los usuarios-lectores, según múltiples líneas de asociación o de causalidad, que dan lugar al placer de la improvisación y del descubrimiento.

La ruta explicativa que dispone Ottmar Ette nos invita a transitar de un texto a otro, trazando correlaciones, dibujando diagramas móviles que interrelacionan en una conectividad múltiple y “polilógica” los movimientos y los conceptos fundamentales del pensamiento de Barthes y, sin seguir el devenir lineal de ese pensamiento en el despliegue temporal de sus distintas secuencias o fases, nos ofrece a la postre una luminosa comprensión de todo el conjunto, dibujado de manera precisa y elegante por el bello discurso crítico de nuestro autor.

En la sinuosa lectura que nos ofrece Ette, paisaje y teoría interaccionan de diversos modos. Sin pretender reseñarlos escrupulosamente todos, me gustaría incidir en algunos de ellos. O al menos indicar algún posible itinerario de lectura de este libro, de entre los muchos que ofrece.

En primer lugar, está el modo en que el paisaje deviene en metáfora de la teoría, prefigurando de manera metafórica o alegórica los gestos, los movimientos y los nudos de una epistemología y de una hermenéutica. En segundo lugar, está el paisaje como metáfora de la vida, por cuanto la teoría, en Barthes - y también en Ottmar Ette, digámoslo de paso-, se presenta siempre como saber acerca del vivir, como proposición de sentido acerca de la vida. Y, en tercer lugar, como no podía ser de otro modo, el paisaje se nos ofrece también como metáfora de la escritura, en tanto que textualización del mundo que, por medio de ella, se da a leer como paisaje.

Teoría, vida, escritura quedan así imbricadas en un juego de metáforas reversibles, en el seno de ese espacio de intersecciones móviles que es el paisaje.

En relación al primer aspecto, el de la figuración paisajística como metáfora de la teoría, resultan sumamente reveladoras las lecturas que nos propone Ette de algunos de los primeros textos de Barthes, publicados antes del advenimiento oficial de la *Nouvelle Critique*, que, como en una suerte de arqueología de la escritura y del pensamiento barthesiano, se nos presentan como textos anticipadores que esbozan prospectivamente los futuros horizontes de la teoría. Con innegable maestría, Ottmar Ette nos da a leer textos descriptivos de paisajes, que son propiamente literarios - aparentemente no teóricos -, como textos que inscriben de

manera autorreflexiva y metaliteraria los principios y los movimientos incipientes de la futura teoría del texto, demostrando por ende que no solo es posible leer la teoría como paisaje, sino también que la metáfora paisaje-teoría está implicada en la propia escritura de Barthes.

Así, el magnífico análisis que abre el libro del artículo que Barthes publicó en *Paris-Match* en 1955, con motivo de la “catastrófica” inundación de París, titulado “París no se ha inundado”, nos hace ver en el paisaje sumergido de la ciudad apenas reconocible - como se puede apreciar en las fotografías reproducidas en el libro -, un paisaje metafórico de la necesaria disolución, por parte de la teoría, de lo anteriormente establecido, ordenado, cuadriculado, estancado, para que fluya de nuevo. La percepción inesperada de ese espacio transformado, de esa topografía desanclada, literalmente desterritorializada, sugiere el extrañamiento necesario que da lugar a una nueva mirada y a un nuevo pensamiento. Desde esa festiva “euforia del reconstruir” (p. 74) que provoca, la inundación presagia la necesaria renovación, la reconfiguración requerida, utópicamente deseada, de las formas y de los órdenes tradicionales, “como si hiciera abdicar delicadamente al viejo poder” (p. 54). Se diría también que este paisaje prefigura muy exactamente lo que Barthes hará, unos años más tarde, con el gran monumento intocable del clasicismo francés en *Sur Racine*, trastocando de manera irreversible la concepción reinante impuesta por la vieja crítica institucional.

El segundo trayecto de lectura nos lleva a considerar el paisaje como metáfora de la vida. Visitados de la mano de Ottmar Ette, los paisajes barthesianos encarnan y escenifican formas, pautas y modos de vida, plasman en imágenes los movimientos del pensar, del escribir, del imaginar. Del sentir en el sentido sensorial y emocional.

Así, por ejemplo, la iluminadora lectura que nos propone Ottmar Ette de la descripción del paisaje de París que ejecuta el semiólogo en “La tour Eiffel” (1964) nos da a leer, en los signos de la vida urbana parisina, los signos de la vida en general y los signos de su propia teoría. Este “iconotexto”, acompañado de las fotografías de André Martin reproducidas en el libro, dispone una relación recíproca entre la vida de la ciudad y la vida del pensamiento, dinamizados por leyes comunes que afectan tanto al cuerpo urbano de París como al cuerpo de la teoría, que pronto irradiará desde ese mismo lugar hacia afuera: los tres ejes vitales del *plaisir*, del *commerce* y del *savoir* (p. 132). Principios que reactualizan la antigua lección balzaciana acerca de la economía de las pasiones, desvelada en *La Peau de chagrin* (*vouloir, pouvoir, savoir*), y que, como constata Ette, a su vez constituirán el fundamento epistemológico de toda la obra barthesiana. Se demuestra así cabalmente que los principios rectores de la epistemología estarían inscritos en la vida misma; que la teoría en Barthes es siempre acerca de la vida, por cuanto el sentido que

busca comprender el semiólogo es el que se cifra en los signos de la vida urbana, en los mitos de la cultura cotidiana. Es así como los paisajes de la teoría devienen en paisajes de la vida.

Le lectura de Ottmar Ette tiene la virtud de resaltar un aspecto a menudo olvidado por los estudiosos de Barthes: más allá de su inscripción en determinados paradigmas del pensamiento (marxismo, estructuralismo, *Nouvelle critique*, postestructuralismo, etc.), la teoría, tal y como la entiende el crítico francés, se orienta siempre hacia la comprensión de la vida. En ella, literatura y ciencia literaria se proyectan como potenciales ciencias de la vida, porque es precisamente a través y por medio de la literatura como vida y teoría se conectan en una relación de circularidad dialógica: lo teórico se presenta como saber literario de la vivencia, y la vivencia literaria del texto esclarece y enriquece la vida.

Ottmar Ette le reconoce a Barthes el mérito de haber insertado la literatura y la ciencia literaria en el corazón de la teoría de la cultura, de haber reclamado para los estudios filológicos un lugar central dentro del sistema de las ciencias, en tanto que campos de saber medulares y en ningún modo auxiliares o secundarios, que pueden establecer un diálogo fructífero y necesario con las ciencias naturales (biológicas), que se han apropiado del concepto de vida en tanto que *bíos* y que sin embargo descansan sobre una ignorancia ontológica de lo que es la vida.

Es esta una posición estratégica que Ottmar Ette viene defendiendo desde hace un tiempo, retomando por cuenta propia la pregunta ya clásica que Barthes se hacía en el prefacio de *Rancé*: “À quoi sert la littérature?”. Pregunta a la que, como ha señalado Ottmar Ette, sin duda se hace apremiante ofrecer una respuesta, en un contexto en el que los estudios y la investigación en humanidades experimentan un receso de legitimidad y de estimación pública frente a los saberes meramente prácticos, aplicativos, técnicos y tecnológicos, tras la quiebra de lo que Antoine Compagnon ha llamado “el modelo filológico del siglo XX”.

Y llegamos al tercer eje, el que nos invita a contemplar el paisaje como metáfora de la escritura. Del mismo modo que los paisajes descritos reproducen y prefiguran las estructuras de comprensión de la vida que despliega la teoría, la escritura ensayística de Barthes vendría a mimetizar, en su práctica discursiva, las composiciones y coreografías de los paisajes que describe.

La lectura de Ottmar Ette, tan rigurosa como creativa, nos descubre el modo en que la escritura barthesiana adquiere concreción plástica modelizando las composiciones móviles, invertibles y “polilógicas” del paisaje que se aviene a representar. Así, su refinado análisis de los diez microrrelatos de viajes que componen “En Grecia” (1944), pone de manifiesto el modo en que la figuración textual de la insularidad domina no solo la representación del paisaje, sino también la práctica

de la escritura, que viene a reproducir la lógica multidireccional y deslocalizada de esos paisajes, asumiendo su conformación fragmentaria, dispersa, excéntrica, insular. Adquiere así concreción textual el motivo paisajístico del fragmento, tan emblemático del modo de pensar y de escribir de Barthes, que no resulta de romper una unidad, sino del proceso de liberación y diseminación de sentidos, que lejos de ensamblarse para formar un todo, forman un entramado abierto a múltiples recorridos. Y al mismo tiempo, este análisis nos hace ver cómo la escritura de Barthes inscribe en su corporalidad el deseo de cambiar el discurso continental, de desmontar los mecanismos de asimilación y posesión de lo otro para reducirlo a lo mismo. La escritura deviene así ejercicio de respeto a la singularidad de lo otro, que lejos de intentar anular su diferencia, hace efectiva la desposesión del sentido autoritario que conduce al lector occidental a la apropiación de lo “extranjero” para convertirlo en mero consumo de lo “exótico comercializable” (p. 186). No se le escapa a Ette que, en su quehacer discursivo, estos textos prefiguran algunos principios que serán esenciales en las teorías venideras y más tarde enunciará cabalmente la crítica de la cultura. Así, por ejemplo, la imposibilidad de pensar el nuevo orden cultural en función de oposiciones binarias autoexcluyentes, como el modelo centro-periferia, ya está implícitamente contenida en la escritura de estos textos anticipadores tal y como nos los da a leer Ottmar Ette.

“El texto hace lo que dice” (p. 242), como bien señala Ottmar Ette, no solo despliega una teoría del texto, sino que, mediante una escritura performativa, la pone en obra, la convierte a su vez en texto. El desajuste, la ruptura, el intersticio, son lugares y accidentes de la teoría que se conforma en y como escritura, textura, creando entramados que no se pueden pensar sino progresivamente, después de pasar por cada uno de sus nudos. Un pensar que se produce y se propaga dispersando sentidos que viajan y se reagrupan en forma de significancia. Esto explica las resistencias del texto barthesiano al resumen, una característica que lo acerca al texto poético.

La escritura poetizada deviene así en escritura literaria de la teoría, vitalmente asentada en lo sensible y en lo sensual “puesto que el texto adquiere sentido sólo si conmueve a nuestros sentidos” (p. 248). Así entendida, la teoría es una forma de mirar, en una intersección de lo sensitivo y de lo intelectual, de organizar como paisaje lo que se ve: desanclando los antiguos puntos de vista únicos y totalizadores, deslocalizando las perspectivas tradicionales, para poner en juego puntos de observación móviles e intercambiables, que transforman nuestras formas de ver, de mirar las cosas y redibujan nuestros paisajes conceptuales y vitales.

De este modo, las tres fases que, según exponía el propio Barthes en *La aventura semiológica* (1974), secuencian su escritura y su pensamiento, son asociadas por Ottmar Ette a las distintas formas de mirar, a los “distintos de ejes de vinculación visual con el objeto de estudio”: *emmerveillement* (“mirada del asombro y del deslumbramiento”), *science* (“mirada de la ciencia y de la cienticidad”) y *texte* (“mirada de la textualidad”), que, superponiéndose e imbricándose mutuamente en un proceso de transferencia integradora, “buscan conscientemente consensuar en una perspectiva central los ejes visuales del *vouloir, pouvoir et savoir*” (p. 226).

Pero más allá de estas secuencias retrospectivamente establecidas por el propio Barthes, Ottmar Ette viene a identificar una última mirada en *La chambre Claire*, el libro que analiza la fotografía a través de una lectura afectiva, “construido como un ojo, como una retina: en torno al punto ciego de la ausente fotografía de la madre” (p. 238). Esa mirada liminar que Ette define como “tanteante” porque que busca “a tientas” lo que no puede verse, esboza un último paisaje teórico de Barthes caracterizado por lo “invisible”, que persigue la visibilización de lo no visible en la fotografía, la presencia de la ausente - la madre desaparecida -. Es la mirada ciega que no puede ver, pero sabe “presentizar” en la escritura literaria lo que ya no está, y arrancarlo así literalmente del olvido. Bien podremos pensar que esta última mirada surgida de la teoría es acaso la que habría presidido la novela, sin duda de vocación proustiana, esbozada en los folios que –con el título de *Vita nova*– Barthes tenía entre manos antes de su muerte: mirada *lazareenne* del arte, de la literatura, que devuelve la vida y hace visible – legible - lo que ya no lo está.

“Ningún objeto muere en la mesa de disección de Barthes” – escribe Ottmar Ette (p. 228). Lo mismo hemos de decir del modo en que nuestro amigo lee y nos da a leer los paisajes de Roland Barthes. Distinguiéndose de la glosa que, en su afán de sistematización, infatigablemente acompaña desde hace años la lectura de los textos de Barthes, Ottmar Ette no exhuma una obra y un pensamiento monumentales, sino que los revivifica, los pone de nuevo en movimiento, en circulación, haciendo así ostensible su indefinida potencia de expansión, de irradiación, de inspiración. Precisamente, uno de los rasgos que, según el crítico francés, decide sobre la excelencia de una obra es su capacidad de generar en el lector una práctica productiva, de llevarle a escribir su propio texto. Respondiendo a esa llamada al crecimiento – y no a la simple repetición -, la escritura de Ottmar Ette, a la vez crítica y creativa, dibuja, en sus accidentes más recónditos, pero también con todas sus líneas de fuga, una panorámica multiperspectivística de ese paisaje teórico y literario que, lejos de quedar petrificado en conceptos o categorías estancas y estancadas, fluye libremente como una realidad orgánica, viva e inagotable, que incesantemente sugiere nuevas configuraciones, se abre

a nuevos itinerarios de lectura, a nuevos horizontes de sentido.

Ottmar Ette, *Roland Barthes. Paisajes de la teoría*.



Patricia Martínez García, Ottmar Ette, y Julio Ortega, en la presentación del nuevo libro de Ette, *Pasajes de Roland Barthes*, en la Casa de América de Madrid, el 12 de diciembre de 2016.